

ENTRE EL VELADOR Y EL CHUBESQUI



Por que él ve todo a través de ésta. No concibe nada que no esté dentro de lo literario. Si, por el contrario, la cuestión de que hablamos no lo es, él hace que lo sea. Y lo consigue siempre con pericia, atajando, hasta alcanzar el curso por donde discurre.

He visto al novelista esta mañana. Se reía con una dentadura nueva, de piano Pleyel. Yo hice unos chistes a propósito de la novedad y hasta conseguí que le divirtiesen.

Si me agrada visitar a don Pío es por la sinceridad con que habla y permite que le hablen.

—Usted es un hombre romántico, sentimental, que estuvo enamorado de algunas mujeres, y, sin embargo, no se ha decidido a casarse nunca. Ello me hace creer que es usted un tacaño.

—No; yo no he sido un tacaño. Lo que sucedió fué que no me atreví a pasar el riesgo de casarme sin tener un medio de ganar seguro. A la mujer hay que regalarle flores, llevarla al teatro, comprarle un vestido, así como de seda..., y eso cuesta mucho dinero. Yo no lo tenía. Además... había que coger un piso en alquiler, comprar sillones y esas cosas... Yo escribía una novela empleando en ello dos o tres meses y después de publicarla me daban quinientas pesetas, cuando me las daban.

—Querido don Pío: usted es un pesimista, influido por la literatura.

—No lo crea usted. Yo no soy un pesimista. Ya le he contado muchas veces que Valera declaraba: "Con lo que he ganado con la literatura no he podido comprarle un vestido mediano a mi hija." Además, yo, ante las mujeres, tenía un complejo: sabía que era tres cosas que a ellas no les interesa que sea un hombre: médico de pueblo, industrial panadero y escritor. Con eso, bien saben que no se puede sostener una vida social y un ambiente de lujo. Y a ellas, fuera de eso, no les interesa nada.

Hace varios meses me ocupaba yo en escribir un libro sobre la vida íntima del novelista. Su sobrino Pío Caro Baroja—amigo admirable—me ayudó con sus datos y noticias curiosas. Un día me condujo de la mano al cuarto de su tío.

La criada del novelista tiene una alcoba más lujosa que la de su señor. La de don Pío es interior. Está situada a la izquierda de un pasillo estrecho y oscuro, cerca de la cocina. Tiene un balcón que se abre a un patio de luces.

En la habitación íntima de Baroja está comprendido todo su espíritu. Si no hubiésemos leído una sola página de su obra literaria, sabríamos decir, ante este dormitorio, cómo sería su estilo; cómo sus gustos, sus manías, sus devociones y hasta su léxico.

Si; bien podría adivinarse. La cama es de metal dorado, con ruedecitas giratorias y está cubierta con un edredón. Arrimada a ella, la mesilla de noche; una extraña mesilla por su construcción. Es alta, estrecha, con dos departamentos como literas que se ven a través de los cristales. En cada "piso" hay un par de botas, con los tacones desgastados; botas barojianas de punteras que apuntan hacia arriba, igual que babuchas.

Perpendicular a la cama, arrimado a la pared hay un mueble negro con infinitad de cajoncitos, que sirve además de librería. En este mueble tiene don Pío algunos libros y papeles hacinados. Hay también una manta, un gorro blanco de dormir y un reloj de plata colgado de un enorme clavo.

Don Pío no duerme más de cuatro horas. Todas las noches se toma tres grageas de *janodormo*. Mientras prende el sueño lee en la cama. Entonces parece un ratoncito de Walt Disney: los lentes afianzados en la punta de la nariz, el gorro blanco de dormir con la borla asomando en el hombro...

Hay quien dice que Baroja es un nieto de Lucifer. Yo no quiero discutir, ni ello sería suficiente para convencerles de su error. Ante esto sólo se me ocurre un nombre, una dirección: Ruiz de Alarcón, 12.

MARINO GOMEZ-SANTOS